

www.elboomeran.com

CARTAS DE AMOR

DYLAN THOMAS

www.elboomeran.com

CARTAS
DE AMOR
DYLAN
THOMAS

Edición de J.M. Dent

Traducción, prólogo y
notas de Andrés Barba

EDITORIAL



SIBERIA



FRENTE A LAS CARTAS DE AMOR DE LOS DEMÁS

Susan Sontag comentó en una ocasión nuestra fraudulenta, avergonzada y voyeurística manera de contemplar el dolor de los demás, y hay que darle la razón en una cosa: tanto el dolor como el amor de los otros parece siempre más sencillo, tal vez sólo porque no estamos obligados a vivirlo. Leer las cartas de amor ajenas es el privilegio de la rata husmeadora, del espía y del enamorado, y quien ha traducido estas cartas y suscribe este prólogo no apoya la edición de cualquier correspondencia amorosa. Existe en nuestra conciencia saturada de información una falsa correspondencia entre el interés público sobre ciertas cuestiones y la autoridad moral con la que nos arrogamos acceder a un material que, sencillamente, no nos pertenece. Éste que se publica aquí se salva de esa falsa conciencia moral en varios puntos; el primero es que fueron publicadas con la aprobación de todas sus remitentes cuando todavía estaban vivas, que fueron, en cada caso, ellas mismas quienes facilitaron los originales y que lo hicieron desde una clara conciencia del tributo al hombre al que habían amado y no

desde el rencor o el resentimiento, y en segundo lugar por lo que se pone de manifiesto en ellas: que a pesar de las dificultades, de las infidelidades, el alcohol y los exabruptos provocados por ellos, el matrimonio Thomas-Macnamara se quiso de una manera violenta y desdichada, pero también auténtica y veraz.

Estas cartas, qué duda cabe, son uno de los retratos espirituales y afectivos más fieles de uno de los mejores y más revolucionarios poetas del siglo xx, se ve en ellas el temblor y el impulso de cada hora, la ansiedad de los silencios, la inquietud de poseer y sostener una familia, los enamoramientos furtivos, la desesperación de la soledad y el alcoholismo, el desprecio y la pleitesía al mundo literario. Son tan sorprendentes, tan cálidas y tan difíciles de juzgar como los sucesos de la propia vida. Dylan Thomas es a veces ingenuo, entusiasta, egoísta, vacío, generoso, no importa. Su propio impulso hace que sea imposible sostener sobre él una etiqueta moral. Ni sobre él ni sobre ninguna de las protagonistas que despertaron tanto su amor como su lujuria. Hay siempre un episodio cerrado a la mirada ajena, imposible de descifrar: el de dos personas que se quieren.

Las cartas son también piezas literarias, y algunas de primer orden, como la que escribe a Pamela Johnson describiéndole con fascinación el pueblo de Laugharne, el mismo lugar en el que acabaría viviendo con Caitlin Macnamara,

años después. En algunos casos extrañamente proféticas, como tal vez acaben siendo nuestras propias cartas de amor cuando las leamos dentro de una década, en otras desesperanzadas, tratando de provocar lo que el corazón ya siente que está exterminado. Thomas es un amante vitalista y desesperado, su necesidad de sentir y de dar afecto es tan impetuosa como su poesía, y su nula incapacidad para el fingimiento provoca que los encontronazos sean más rápidos y más violentos de lo que le habría sucedido, tal vez, a un amante más «mundano». Y si enamora, como casi siempre sucede en la vida real, es más por el reconocimiento abierto de sus defectos y su desconocimiento total de sus propias virtudes, que por su conciencia de merecer ser amado, algo que en el caso de Dylan Thomas (a diferencia de la mayoría de nuestros contemporáneos) brilla literalmente por su ausencia.

Andrés Barba



www.elboomeran.com

CARTAS DE AMOR



PAMELA HANSFORD JOHNSON

Pamela Hansford Johnson escribió a Dylan Thomas una elogiosa carta tras ver uno de sus poemas («The sanity be kept») en el «Poet's Corner», la sección literaria del periódico Sunday Referee. Pamela había ganado aquel mismo año el premio de poesía organizado por el periódico, consiguiendo así la publicación de su primer poemario. Cinco meses más tarde el propio Dylan Thomas repitió exactamente el mismo proceso que Pamela y publicó su primer libro: 18 poemas. La elogiosa carta de Pamela supuso el inicio de una amistad que se convirtió en relación después de que se conocieran en febrero de 1934. Pamela tenía un trabajo deprimente en un banco y vivía con su madre viuda en Londres, fue, de hecho, su primera novia y casi su primera experiencia, a pesar de que en múltiples ocasiones Dylan se refriese a una experiencia anterior. La relación comenzó a estropearse cuando, en palabras de Pamela, «su amiga la botella se cruzó entre los dos» y se precipitó hacia su final debido a una infidelidad de Dylan con una desconocida. Pamela se casó en 1936 con el periodista Gordon Neil Stewart, y en segundas nupcias con

el prolífico novelista, poeta y dramaturgo Lord C.P. Snow. Ella misma se convirtió en una novelista de relativo éxito. Escribió 27 novelas, la última de ellas, A Bonfire, publicada en 1981, un año después de su muerte. Entre sus obras se incluyen algunas novelas más o menos reseñables, como el drama An error of judgement y algunas piezas teatrales en colaboración con su marido C.P. Snow. Escribió también novela negra bajo el pseudónimo de Nap Lombard.

Septiembre, 1933

Blaencwm Llangain, cerca de Carmarthen

Empezar esta carta de la manera en la que lo estoy haciendo acaba con la necesidad de utilizar el demasiado formal «señora», el estirado «Miss Johnson» (tal vez algo ambiguo, pero sin intención) y el descarado «Pamela» (ambiguo y sin intención, una vez más). Acaba también con el mismo obstáculo en su caso.

Si es «horroroso» contestar a las cartas entonces me considero tan malvado como usted. Yo no dejo de hacerlo, pero cuando lo hago es siempre con estos garabatos sin carácter que Dios y mi recatada educación me han dado.

A propósito, cuando conteste —y ojalá sea pronto y por extenso— no envíe la carta a la dirección del remite. No

es más que una poética casita de campo en la que a veces paso los fines de semana. Enviémela mejor a mi desagradable dirección provinciana.

Gracias por los poemas. Mr. Neuburg la ha alagado ya con el más grande y merecido de los piropos: «Una de las pocas artistas de la palabra de nuestros días que se pueden considerar exquisitas». Una frase así hace poco necesario que yo añada más piropos, grandes o pequeños, pero aun así la quiero felicitar por «El ruiseñor». Me parece, con mucho, el mejor de los tres poemas. Si lo compara con «Poema marítimo para G», uno de los casos más claros de pésima poesía que he visto jamás, o con otros poemas de la revista, es casi como comparar a Milton con el Stilton. Me gustan los otros dos poemas que me ha enviado, pero no tanto, y la primera estrofa de «Protalamium» no me gusta absolutamente nada. Tiene demasiados adjetivos, demasiado azúcar. El quinto y el sexto verso son puros clichés. «Escribo desde el corazón», decía el personaje de cierta novela que ya ni recuerdo. «Escribo —habría sido la réplica apropiada— desde el estómago, como si me hubiese tragado un potente vomitivo.» No quiero que piense que hago ese comentario tan rudo a «Protalamium», la cita es, más que en su contra, a su favor.

Usted, por descontado, no es una anciana virgen, pero sí lo son muchas de esas antologadas en el «Poet's Corner» que parecen estar rogando a la luna que les otorgue un

mejor compañero de cama. No coincido con su opinión de que la mayoría de los poemas de la revista sean buenos. Con pocas excepciones, son repulsivamente malos. Usted, por supuesto, se encuentra entre las excepciones. ¿Recuerda aquel poema titulado «1914» que apareció hace un par de semanas? ¿Recuerda el «Poema Marítimo»? ¿Y qué tal aquellos diabéticos versos sobre el gato abisinio? ¿Qué piensa de aquel que apareció la semana pasada y que se titulaba «El árbol de goma azul»? Ése es un verdadero termómetro para medir el criterio. Si a uno le gusta eso, le gusta cualquier cosa. Sería doloroso saber con certeza el número de personas que consideran que «El árbol de goma azul» es un buen poema. Seguramente calificarán de «moderna» su forma desgarrada y definirán su vocabulario como «áspero, pero efectivo», es probable que algunos de sus versos, como aquél de «el vestido de plata sobre la balastrada blanca», les haga caer en una especie de éxtasis colorido, cuando en realidad su ausencia de forma es el resultado de su incompetencia prosódica, su vocabulario, más que un traje a medida, es un vestido de baratillo, y sus «coloridos» versos no son más que borrones baratos de bermellón en el escenario de una sala de baile oscura.

En el interesante ejemplar que me envió de la primera entrega del «Poet's Corner» se explica que en el caso de que durante una semana no se reciba ninguna poesía, se publicará una selección de los mejores versos. Y estoy de

acuerdo en que hacer tal cosa sería lo mejor, pero no es el caso. Me parece lamentable esa manera de hacernos tragar coplillas baratas (ni siquiera versos) como si fuera «gran» poesía.

Por esa misma razón me rebelo contra el título de «Poet's Corner». Hubo un tiempo en que sólo se llamaba poeta a los poetas, pero hoy en día se le llama poeta a cualquier persona que se atreve, con un conocimiento insuficiente de la lengua inglesa y una cursilería propia de Marie Corelli, a esparcir dos o tres imágenes «brillantes» en forma de verso. Ni siquiera tienen la decencia de ocultar sus excrementos en un lugar privado, sino que buscan un «rincón» público para mostrarlos. (La metáfora es vulgar, espero que no le moleste.)

Esto no es en absoluto una forma velada de atacarla a usted, sino los principios generales de algo que suelo exponer a la manera de nuestras viejas tías Sallie. Dios sabe que tampoco yo soy un «gran» poeta. Tengo una naturaleza pacifista pero una mente militar, en cuanto recibo un capón (o hasta el amago de un golpe, aunque venga de un caballo muerto) todo aquello en lo que he puesto mi fe parece contradecirse por completo, pero he puesto mi fe en la poesía, cosa que no pueden decir muchos poetas.

Volvamos a su poesía (y disculpe este leve sermón que acabo de echarle). Demuestra en ella una tremenda pasión por las palabras y verdadero conocimiento de ellas.

Su modo de articular la forma y su habilidad métrica se encuentran entre las mejores que conozco de nuestros contemporáneos. Pero lo más importante de todo es que los pensamientos que están contenidos en ella merecen ser expresados. ¿Ha escrito usted mucho? ¿En qué momento lo hace? Me interesaría saber esas cosas y leer más poemas suyos.

Lo que más me gusta de sus poemas es que en ellos se *expone*, no se niega, que en ellos se *crea*, no se destruye. En los periódicos de hoy en día se escucha siempre la misma monótona música, poema tras poema, con nauseabundo detalle, los autores no hacen más que mirarse el ombligo, y poema tras poema va quedando dibujado, aunque nunca con claridad, el caos en el que vivimos. Gran parte de la nueva poesía (¿conoce usted la revista *New Verse*?) podría resumirse en: «De acuerdo, ha habido una guerra espantosa que nos ha dejado hechos un desastre, ¿qué demonios podemos hacer al respecto»? La respuesta es más que obvia, pero ¿realmente merece la pena que hablemos del asunto? Usted contesta «No» en voz alta, o al menos eso es lo que me parece. Usted no es como ellos y su solitaria manera de decir «No» hace que se merezca, a mi juicio, todos los superlativos.

De modo que somos de la misma edad. Afirma usted que veintiún años es ya una edad suficiente como para ser modesto, pero yo opino que a esa edad uno tiene todavía

muchos años para arrepentirse de su propia falta de modestia. Cuanto más pienso en el poema que entregué para la antología, menos me gusta. Me resulta extraña esa imagen de mí mismo frente a una ventana abierta como una especie de Jehová occidental. Si fuera algo más parecido a Apolo sería distinto, pero me temo que no paso de ser más que una personita despeinada.

Adjunto con la carta dos poemas míos. Los envió para mostrarle, o al menos con la esperanza de mostrarle, que soy capaz de hacer algo mejor que lo que ha tenido oportunidad de ver. Aprovecho para decirle que el poema que comienza «No hay comida que baste» es el lamento de una mujer por una obra trágicamente inacabada. Me parecía que debía mencionarlo porque hay algunas referencias en el poema que podrían provocar malentendidos sobre la naturaleza de mi sexo. El segundo poema tal vez no le guste, no hay nada menos de moda.

Es posible que después de mi violento estallido contra los poetas de la revista lea usted los míos con una mirada severa y llena de prejuicios. Espero que no sea así y que le gusten. Le gusten o no, me gustaría que me lo dijera.

¿Puedo quedarme con sus poemas un poco más?

Dylan Thomas

P.S. El poema de la mujer está a punto de ser publicado en *Adelphi*¹. No he podido resistir comentárselo por lo mucho que me gusta la revista. El poema sobre Jesús se publicará en la revista *Criterion*² de T.S. Eliot a pesar de que tienen como norma no publicar poesía metafísica. Menciono lo de *Criterion* por la misma razón que lo de *Adelphi*.

P.S.S. Como ve estoy en Carmarthenshire y acabo de darme cuenta de que he olvidado traer su dirección. Espero tener suerte al recordar que el 13 era el número correcto. Si lo es podrá usted leer esta explicación, si no lo es no tendrá mucho sentido haberle escrito. *D.T.*

1. Revista literaria publicada entre 1923 y 1955, fundada por John Middleton Murry. Murry fue su editor hasta 1930, la época de oro de la revista. Tuvo colaboradores tan ilustres como el propio Thomas en sus inicios, Katherine Mansfield, D.H. Lawrence, Bates, Rhys... George Orwell trabajó como crítico para *Adelphi* durante la época de Murry. (*N. del T.*)

2. La revista *Criterion*, creada y editada por T.S. Eliot desde 1922 hasta 1939, fue en realidad una publicación quincenal y una de las revistas literarias más ambiciosas y mejor editadas de su tiempo. En palabras de T.S. Eliot su intención era nada menos que la de reagrupar a toda la comunidad intelectual europea. El primer ejemplar de la revista, de seiscientos copias, incluía la primera versión de «La tierra baldía» del propio Eliot y sólo en su primer año ya recibió colaboraciones de Virginia Woolf, Ezra Pound, Forster, Pirandello, Auden, Hart Crane, etc. Fue la primera publicación inglesa que tradujo a Proust, Cocteau y Valéry. (*N. del T.*)